

Arjé

Camilo Salamanca García

Como griego, abres la mirada ¿Cómo aparecen todas las cosas? ¿Cómo despertamos por primera vez? ¿Cómo sería el arjé?

Desde la oscuridad, o una posición incierta, todas las cosas pueden aparecer y volverse reales. Este aparecer está construido por lo distinguible, aquello que es diferente del espacio homogéneo, monótono e ininteligible. La luz es luz porque permite distinguir una cosa de otra, es lo que divide las aguas turbias para dar lugar a la tierra, y las cosas habitables.

Lo mismo la necesidad, el hambre, la sed, la incontinencia para orinar, todo el clamor de la carne que permite decir “aquí se estaba de un modo, y ahora es distinto”, así causando acción, deseo, búsqueda y motor. El origen puede estar afuera del cuerpo, como lo es la luz que separa las cosas y las vuelve distinguibles, o adentro del cuerpo, como el *ruido visceral* que rompe con la quietud, la vuelve *in-quietud*, desde las tripas hay un arjé de necesidad, una regla para la vida: “Hay que comer”.

El origen de las cosas es el momento en que se marca un hito en la extensión del espacio infinito, volviéndolo finito y medible, porque desde ese punto hay distancia, se puede alejar o acercar al punto, tomando un tiempo determinado, entonces ya no hay solo espacio, sino que también ocurre tiempo, con un antes y un después, debido a que las cosas desde ahí pueden cambiar.

Entonces, quizás el Sol pueda ser *arjé* (numinoso, como plantea Kurt Hubner), que inicia el día al recorrer en su carro el cielo y, como la luz que da distingo a las cosas, entrega distinción a lo material y lo tangible. También el Sol nos regala el tiempo, debido a que lo que trae su camino (el alba, el día, la tarde, la noche) es el cambio mismo, lo distinguible.

En una cultura precolombina de Colombia se habla del Sol como el Padre, y la Luna como la Madre, donde el Sol camina por el cielo, trabajando y moviendo el mundo. Tanto trabaja, que suda, y este sudor es el oro que encontramos en la Tierra. Las tribus entonces tomaban el oro, lo confeccionaban en joyas y ofrendas, y lo devolvían a los astros, hundiéndolos en un lago, regresando lo que el Sol les había regalado. Desde ahí nace la leyenda del Dorado, que no era una ciudad mítica, sino el barco donde llevaban todas las ofrendas que irían a caer al río. Así el Sol se vuelve *arjé* de la vida para tribus precolombinas, y de una ciudad dorada para los conquistadores españoles. Ahora podría ser el *arjé* de la luz que dilucida los objetos, así como del calor que da motor a las mismas. Cuando hay luz, cuando hay calor, el mundo se mueve y avanza.